

Ustedes conocen a Rosemary Brooks, la conocen desde hace muchos años.

Se dice que, cuando era una niñita, su poema favorito era Bárbara Frietchie, y se cuenta cómo algunas veces sacaba su linda cabecita por la ventana de su dormitorio y, tras pasear sus ojos color azul cielo por la calle suburbana, decía en un lamento:

—¡Acribillad, si debéis hacerlo, esta vieja cabeza canosa, pero perdonad a la bandera de vuestra patria!

Sí, ustedes conocen a Rosemary. La conocen muy bien.

Como todas las muchachas, Rosemary creció, pero Rosemary no cambió. No queremos decir con esto que no se convirtiese en una atractiva jovencita: realmente se volvió muy atractiva. Frágilmente bella, de andares etéreos, debería haber sido la más primorosa rosa de todos los bailes a los que asistió. Pero no lo fue. Raramente los jóvenes a los que conocía le pedían que bailase, y nunca ninguno de ellos se le acercó y le dijo:

—Ven al jardín, Rosemary, porque el murciélago negro, la noche, ha volado.

De cualquier manera, tampoco fue ella a muchos bailes, y recordando se da una cuenta de que a los pocos a los que asistió lo hizo principalmente para complacer a su madre.

La razón tras esta falta de interés por Rosemary es simple: los jóvenes que la conocían sabían que para ella Dios y los Estados Unidos de Norteamérica eran lo primero, y que el unirse a ella, para toda la vida o simplemente para acompañarla a casa tras un baile, era resignarse a ocupar un segundo puesto. Está bien que las niñitas sean Bárbaras Frietchies, pero no lo está que los sean las jóvenes, ¿comprenden?

Durante su corta y dedicada vida, Rosemary sacó su linda cabeza por un buen número de ventanas. Tras la ventana de Bárbara Frietchie vinieron las de las Muchachas Exploradoras de América, y la Sociedad Juvenil de la Guerra Civil, y los Ciudadanos pro Progreso Patriótico. Finalmente, vino la ventana del Centro de Entrenamiento de Astronautas femeninos.

Puesto en marcha para el Proyecto Danza de la Lluvia, en 1969, después de que hubiese desaparecido el prejuicio contra el envío de mujeres al espacio, el Centro de Entrenamiento de Astronautas femeninos tenía como objetivo la búsqueda,

entrenamiento y acondicionamiento de seis pilotos femeninos para una serie de seis disparos de satélites de control climático, el primero de los cuales debía tener lugar un día del mes de febrero de 1971.

Tras una criba exhaustiva fueron aceptadas un centenar de voluntarias. Quince de ellas pasaron por las exigentes pruebas físicas y psicológicas y, de entre esas quince, fueron elegidas seis astronautas. Increíblemente, cuando uno considera su delicadeza y no tiene en cuenta su fervor patriótico, Rosemary no sólo logró graduarse sino que fue elegida para acompañar al primer satélite de control climático que fuese puesto en órbita.

Todo esto es ya historia... palabras desteñidas en los periódicos, viejas fotografías, una docena de artículos polvorientos en otras tantas revistas. Pero en su tiempo capturó la atención del mundo entero. Se dice que Madison Avenue casi perdió la razón tratando de contravenir la orden que prohibía a las astronautas anunciar pastas dentífricas, cosméticos o cigarrillos. Esto no debe asombrarnos; si Rosemary hubiera podido ser incitada legalmente a dejar aparecer su imagen en un anuncio de cigarrillos, el consumo habría probablemente doblado de un día para otro: una cosa es ser una oscura Bárbara Frietchie y otra el serlo famosa. Por otra parte, la devoción patriótica que brilla en los ojos de una persona puede ser fácilmente transformada mediante la taumaturgia de la fotografía y el retocado en un resplandor sensual.

Por fin llegó febrero de 1971, como pasa con cualquier fecha, y se fijó un día específico para el lanzamiento. El invierno psicológico había venido y se había ido, pero no se podía oír el canto de los pájaros. Aún tan al sur como está Cañaveral, lo corriente eran los cielos plomizos, y la lluvia grisácea caía intermitentemente. No obstante se inició la cuenta atrás. Y entonces, de una manera que pareció milagrosa, se aclaró el cielo y la mañana del lanzamiento amaneció brillante y clara. Hay una fotografía de Rosemary de pie, vestida con su níveo traje espacial, en la base de la torre, con su casco bajo el brazo. La fotografía es en color y el azul de sus ojos no difiere ni un ápice en tono ni textura del azul del cielo que se ve tras ella. Esto es tal como debía ser. Cuando se recuerda a Rosemary es adecuado que se piense en el sol y en el cielo. También es adecuado que se piense en la nieve y en la lluvia, porque Rosemary no es nada si no es todas esas cosas.

El lanzamiento fue bueno. El Arco Iris 6 subió en su impulsor Saturno como un pájaro de alas de fuego, y la brillante estrella de su paso pareció permanecer en el cielo matutino aún mucho después de que el impulsor hubo caído. Las cámaras de televisión registraron magistralmente la escena y el público americano, al que se había recordado una vez más que la cosa más noble que puede hacer una persona es arriesgar su vida por su país, la contempló con asombro y admiración. La órbita también era buena; apogeo 203 millas, perigeo 191 millas. Rosemary radió que se encontraba en perfectas condiciones.

Se suponía que completaría tres órbitas, luego subiría a la cápsula de escape, la separaría del satélite y reentraría en la atmósfera, cayendo en paracaídas en el Atlántico. Allí, una flota de rescate esperaba impacientemente para recogerla.

Su misión era la de orientar los instrumentos climatológicos del satélite a las formaciones de nubes y chorros atmosféricos existentes. Una vez se hubiese llevado esto a cabo, las lecturas telemétricas dictarían, a través de la Estación Principal de Control del Clima en Oregón, el tiempo futuro. El control climatológico había estado en uso desde la mitad de la década de los años sesenta, pero las observaciones telemétricas de los satélites no tripulados, debido a una orientación fallida, no habían llegado al cien por cien de exactitud necesarios para hacer de la regulación de la lluvia y del sol algo más que un sueño medio realizado, y se esperaba que el satélite actual, mediante una ayuda humana, convertiría el sueño en realidad.

Uno puede imaginarse a Rosemary arriba en el cielo, llevando a cabo lealmente su misión. Uno puede verla sentada ante el tablero de instrumentos del Arco Iris 6, mirando los amaneceres, y los atardeceres, y las estrellas. Uno puede ver el lento derivar de las nubes y los continentes bajo ella, Australia ahora y después la inmensidad azul del Pacífico... y ahora la costa oeste apareciendo en la distancia por entre la neblina del aire, y más allá la vasta mancha verde de la tierra que la vio nacer. La pequeña Bárbara Frietchie cabalgando en una estrella... Muy por debajo de ella se devanan las carreteras, los ríos corren al mar, entretejidos de campos y bosques se mezclan en una pálida tonalidad verdeazul. El agua de los lagos la mira con ojos azules expectantes.

Ahora el mar de la noche se acerca lentamente a ella. Bravamente, echa velas sobre las oscuras olas en su pequeño buque plateado. Corta noche, blando amanecer, nuevo día.

Traigo frescas lluvias para las sedientas flores,

desde los mares y los arroyos;

traigo ligeras transparencias para las hojas cuando esté extendida

sobre sus sueños de mediodía.

La pequeña Bárbara Frietchie cabalgando en una estrella.

La separación de la cápsula tuvo lugar según lo previsto; esto, por lo menos, lo sabemos. Pero lo que tuvo lugar durante la reentrada... si los retrocohetes fallaron en su disparo o si los controles de altitud funcionaron mal, o bien si el escudo protector contra el calor resultó ser defectuoso... esto no se sabe ni nunca se sabrá. Todo lo que se conoce es que Rosemary se convirtió en una estrella fugaz.

La nación se puso de luto. El mundo entero se puso de luto. El Proyecto Danza de la Lluvia fue abandonado. De cualquier manera habría sido abandonado, pues Rosemary había terminado con la necesidad de proseguirlo. Rosemary había hecho bien su trabajo y, al hacerlo, había puesto el clima en la palma de la mano de la humanidad.

Esa primavera las lluvias fueron dulces y tibias, y las flores crecieron abigarradas sobre la faz de la Tierra. La hierba tuvo un verdor como nunca se había visto y los árboles se cubrían cada día con más bellos ropajes. Las lluvias cayeron sobre los campos y las ciudades, en los valles y en los pueblecitos, en las llanuras y en los bosques y en los prados. Y cuando la tierra hubo bebido hasta saciarse, el sol salió tan cálido y tan brillante como el cabello de Rosemary, y el cielo se hizo tan azul como sus ojos.

Sí, ustedes conocen a Rosemary y, en cierta manera, ustedes están enamorados de ella. Si no lo están, deberían estarlo. Ella es el sol saliendo por las mañanas y poniéndose por la noche. Ella es la suave lluvia sobre sus rostros en la Primavera. Ella es la nieve que cae en la víspera de Navidad. Ella es el maravilloso arco iris que ven en el cielo limpio por la lluvia. Ella es este entrelazado de sombras de árboles que hay ahí.

Cada mañana, cuando ustedes están durmiendo en sus lechos, ella entra de puntillas en sus dormitorios, sus sandalias doradas silenciosas sobre el suelo, y les despierta con un beso de luz. La aurora es su sonrisa, su voz el golpeteo de la lluvia... ¡Silencio!... ella habla:

Soy la hija de la tierra y el mar,

y la criatura del cielo;

paso a través de los poros del océano y las costas;

cambio, pero no puedo morir...